

DEDICATORIAS

Dos contertulios

MIGUEL DELIBES*

El ocaso de las tertulias en España se ha producido no porque a los españoles no nos guste hablar, sino porque nos impacienta escuchar a los demás. Hay pocos españoles que aspiren a aprender algo de otro español que les habla. De ahí que la tertulia aparece sin buscarla cuando dentro de un grupo surgen habladores y escuchadores. De esta manera ha permanecido en nuestra ciudad la vieja tertulia formada en torno al gran maestro don Emilio Alarcos, hace varias décadas y que alienta aún de la mano de su decano. Pedro A. Quiñones y de su vicedecano, Fidel Mato, mas la continuidad de los hijos del primer titular: Luis y Antonio. Esta tertulia sabatina, que después de muchos cambios ha encontrado acomodo en los salones del hotel Felipe IV, a la que el inolvidable Alfonso Guilarte, otro contertulio fallecido no ha mucho, llamaba con sorna *La tertulia de los listos*, sigue viva hoy a pesar de que en los últimos días hemos dicho adiós a dos tertulianos de prestigio: los doctores Nicolás Belmonte, catedrático de Oftalmología, y Ernesto Sánchez-Villares, catedrático de Pediatría.

Y ¿cuál es el secreto para que una tertulia perdure a pesar de los vientos desfavorables? Yo diría que la disposición de los contertulios, su generosidad. Una tertulia no puede vivir sólo con charlatanes

o con mudos; en una tertulia son tan necesarios los hombres prestos a hablar como los hombres prestos a escuchar. Si por hache o por be faltan unos u otros la tertulia se convierte en un tiberio o en un funeral; la comunicación no llega a establecerse.

En esta triste hora de reflexión donde los tertulianos del Felipe IV —Angel Torío, Escapa, Paco Lara, Carlos Miguel, Marañón, Benito, Olegario Ortiz, García Fernández, etc.—, deploran la muerte de dos de sus compañeros, uno advierte que, por encima de la inteligencia y la humanidad de estos hombres, Nicolás Belmonte y Ernesto Sánchez-Villares venían a representar esa condición de prototipos cultos que han hecho posible la pervivencia de la tertulia. Diría más: para mí Nicolás Belmonte era la imagen perfecta del escuchador. Tenía Nicolás esa finura ilustrada de los que pasaron por la Residencia de Estudiantes, tal vez porque el citado centro imprimía carácter, o, lo que es más probable, porque en él se reunieron casualmente un puñado de espíritus selectos. El caso es que Nicolás Belmonte sabía escuchar. Escuchaba como nadie, acuciando al mensajero, como creo debe hacer el buen escuchador, dando la impresión de que siempre espera de su interlocutor un poco más. Y lo hacía con una media sonrisa de reco-

* *Escritor.*

(*El Norte de Castilla*) 21-5-1995.

nocimiento. Siempre sonreía Nicolás y, a veces, tímidamente, exponía su opinión y, en su caso, disentía, pero nunca lo hacía a voces, sino moderadamente, con discrección. Su sonrisa no cambiaba nunca. Ni cambiaba él, por fuera ni por dentro. Siempre fue igual a sí mismo. Nicolás Belmonte: magro escueto, modesto, delicado. Un mal día notamos que envejecía no porque advirtiéramos en su rostro una arruga más, sino porque su voz siempre mesurada, se iba ahilando hasta hacerse casi imperceptible. Sólo por eso.

Ernesto Sánchez-Villares constituía su complemento. Aunque sabía que se estaba muriendo rara vez faltó a la tertulia. Desde la otra vertiente, Ernesto era también el tertuliano ideal: locuaz, sociable, clarividente. Conocía a mucha gente importante y tenía una memoria privilegiada. Se hablara de quien se hablara, Sánchez-Villares siempre tenía a mano una anécdota reveladora. En Castilla decimos de estos hombres que saben poner la guinda a la tarta. Pues éste era Ernesto:

un hombre que sabía repartir las guindas, colocarlas en su sitio. Sin pretensiones de brillantez era un conversador brillante, pero en modo alguno absorbente. Sánchez-Villares, hombre de mucho talento, sabía dejar espacios, huecos para que los demás intervinieran, se acercaran al tema. Era antimonopolista y rara vez hablaba de sí mismo, sino de personalidades que por una u otra razón habían entrado en contacto con su vida. Albaceteño Nicolás y salmantino Ernesto, ambos dieron a la Universidad y a la ciudad que los acogió lo mejor de sí mismos. ¡Dios mío, cuántos ojos y cuántos niños vallisoletanos habrán pasado por las manos de estos dos ilustres maestros! (Por cierto, ¿qué fue de la gran idea del Hospital Materno-Infantil que el doctor Sánchez-Villares sembró en esta tierra?).

Ahora, cuando nuestra vieja tertulia, herida en la línea de flotación se agrieta, he querido dedicar un recuerdo a estos dos amigos y enviar a sus esposas e hijos nuestra afectuosa solidaridad.